

EVOLUCION DE LAS MANSIONES RURALES DE LA COMARCA DE VICH, EN LOS DOS ULTIMOS SIGLOS

Mediado el siglo XVIII y totalmente afianzado en España el reinado de los Borbones, conoció nuestro país una época de sólido esplendor material. Especialmente durante el reinado de Carlos III, el más eminente de los primeros Borbones, la construcción tuvo un auge y un desarrollo que quizás no fué igualado en muchos años, hasta la época actual. Viajando por toda España, con frecuencia salen al paso construcciones tales como puentes, palacios, cuarteles, edificios públicos, etc., que ostentan en sus bellas portadas de línea neoclásica, la repetida inscripción latina: CAROLO TERCIO HISPANIARUM ET INDIARUM REX etc., etc.

Nuestra rica región catalana no podía ser una excepción a este estado general de prosperidad material, y en particular en la comarca de Vich, los propietarios agrícolas debieron pasar por una fase de esplendor económico que les permitió edificar, ampliar o reconstruir, la mayor parte de las mansiones rurales que hoy admiramos. Y no fué solo la prosperidad económica, sino que también las ideas y los gustos venidos de Francia, a los que siempre fué muy sensible Cataluña, despertaron una afición por las grandes residencias bellamente decoradas y amuebladas, creándose una interpretación local del estilo Luis XVI que alcanzó gran expansión en nuestro país. Como exponente máximo de tal inclinación corresponde exactamente a esta época, en 1775, la construcción en Barcelona de la más suntuosa mansión particular de la ciudad, el palacio de la Virreina; y en Vich culmina esta euforia constructiva, con la erección e inauguración de la majestuosa Catedral nueva, en 1803.

Tal estado de cosas se interrumpió bruscamente con la invasión napoleónica, a principios del siglo XIX. Siendo Cataluña y en especial las provincias de Barcelona y Gerona el paso de comunicación natural entre Francia y España, fuimos visitados por las tropas francesas a su entrada como vencedoras, y *repasados* a su salida como vencidas. No conocemos con exactitud las incidencias de la guerra en nuestra comarca, pero sabemos que hubo una batalla y victoria de los franceses entre Vich y Malla, el 20 de febrero de 1810, ganada por el general Souham, lo cual nos ha deparado el honor de que en el monumento de las glorias napoleónicas, el arco de la Estrella en París, figure grabado en la piedra el nombre de nuestra ciudad, llamada VIQUE, entre las cien victorias de Napoleón y al lado de los nombres famosos de la historia.

Poco sufrieron las mansiones señoriales de la comarca, pues en aquellas guerras tan diferentes de las de ahora, se mataban los individuos, pero no se destruían las casas; pero el mobiliario y el ajuar interior conocieron los efectos de la devastación de las tropas al igual que los tesoros de muchas iglesias. Esto explica, entre otras razones, que actualmente sea escaso el mobiliario y elementos decorativos del estilo de los Luises, a que nos referimos anteriormente. No obstante se salvaron de la devastación aquellas mansiones que por su gran categoría, sirvieron de



SALÓN Y ALCORCA DE LA CASA FATJÓ, DE VICH.

alojamiento a los jefazos franceses, como es el caso de Casa Cortada de Vich, en la que un general, nos dejó grabada en un cristal, una prueba tanto de su educación, como de su cariño por sus enemigos.

Siguiendo con el siglo XIX, nuestra comarca conoció una relativa calma hasta las guerras carlistas; si bien en Madrid hubo una continua agitación e inestabilidad política hasta la restauración de Alfonso XII, no parece que en la región nos fuese del todo mal, durante este largo período; las clases propietarias debían poseer pujanza económica bastante por cuanto pudieron volver a amueblar y decorar sus casas en el estilo Imperio, primero, y en el Isabelino después, correspondiente este, a mediados del pasado siglo. El estilo Imperio tuvo escaso arraigo en nuestra comarca, pero en cambio es de notar la gran expansión que alcanzó todo lo Isabelino entre nosotros; no había casa acomodada que no tuviera su sillería de óvalo, sus cómodas bombadas o sus camas cuajadas de marquetería, etc., y entre los objetos decorativos: vajillas, porcelanas, tapicerías, retratos, grabados; y aquellos inefables jarrones con flores artificiales encerrados dentro de un globo de cristal puro exponente del romanticismo.

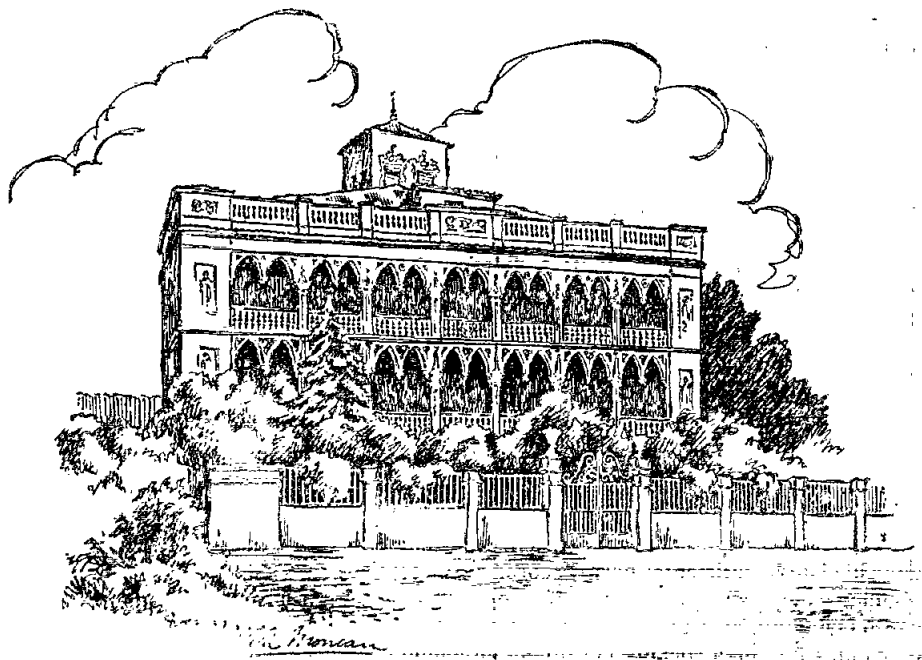
Todo esto revela un positivo bienestar, y aunque al parecer no existe ya en esta época la prosperidad económica necesaria para levantar nuevas casas señoriales, aun subsiste la suficiente para decorar y amueblar con gusto las existentes. Hay algunas excepciones, como el edificio del Ricart de Malla, gran casa construida en el estilo isabelino, acusado especialmente en el cuerpo de sus galerías, ejecutadas con elementos de tierra cocida, que revela un empuje constructivo comparable al de las

grandes casas del siglo anterior. Por aquel entonces el poder económico de la propiedad agrícola de la comarca empezó a decrecer.

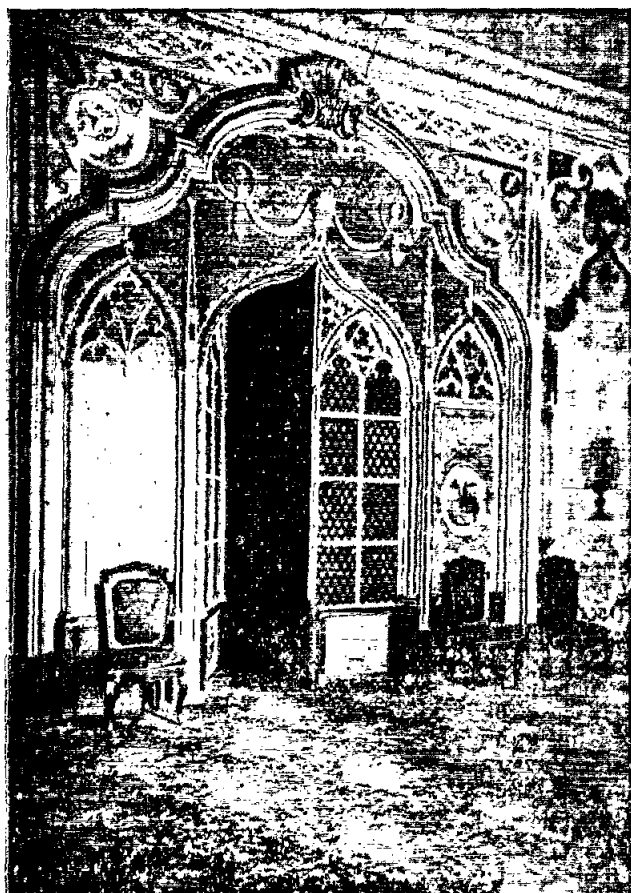
En el último tercio del siglo XIX pasa la tercera guerra carlista por la parte norte de la comarca; este movimiento no dejó grandes huellas de su paso en las casas de campo, pues además de ser unas guerras en tono menor, se dá la circunstancia de que la mayor parte de los terratenientes simpatizaban o pertenecían al bando carlista y es natural que ocupando los carlistas la comarca, respetaran las casas de sus partidarios.

Desde finales del siglo pasado y a través de los principios del actual, hasta la guerra europea se ha llegado a una época de crisis para la propiedad rural; dada la baja valoración de los productos agrícolas y otros factores económicos desfavorables, los propietarios con dificultad pueden conservar sus grandes mansiones y tienen que hacer esfuerzos para no verse obligados a cercenar su patrimonio. La ciudad y comarca de Vich, en estos cincuenta años desde 1870 hasta la guerra europea, nos da la impresión de que queda sumida en una especie de letargo o atonía; la ciudad permanece estática, poco aumenta el número de sus habitantes, y en el campo pocas son las novedades constructivas.

Pero no hay mal que por bien no venga, porque en este período aparece, crece, se desarrolla y lo invade todo, con gran fuerza, un nuevo estilo arquitectónico y decorativo: el modernismo catalán o modernismo de 1900 que tuvo escasa o nula penetración en nuestro campo. Ello se debe, en gran parte, a que en 1900 la clase propie-



MANSO EL RICART, DE MALLA.



UNO DE LOS SALONES DE LA CASA FATJÓ, DE VICH.

taria, en general, no tenía potencia económica para construir ni para decorar según el estilo en boga.

En la ciudad de Vich el modernismo hizo alguna aparición; en la Plaza Mayor nos ha dejado una enorme construcción que por la nobleza de sus materiales y la severidad de sus líneas produce una impresión de grandiosidad; hizo alguna otra aparición quizás menos afortunada, por la Plaza de la Catedral y sus alrededores; en conjunto tuvo escasa influencia debido a que en el 1900, en Vich, había poca euforia constructiva. La principal clientela del modernismo se reclutó entre las clases industriales y comerciantes entonces en auge económico, y por esto tuvo tanto esplendor y desarrollo en la ciudad de Barcelona, como también fueron industriales o comerciantes y no propietarios, los que lo adoptaron en Vich.

En las poblaciones del Ampurdán como San Feliu de Guixols, Palamós, Figueres, etc., en 1900, el negocio derivado del corcho tuvo una gran prosperidad hasta la guerra europea, y por esto allí el modernismo no tuvo una gran expansión.

El modernismo, hoy en día, se halla en vías de revisión y rehabilitación; indudablemente produjo obras buenas, medianas y malas, como todos los estilos; pero lo que si afirmamos sin discutir sus méritos, es que de haberse afianzado en nuestra comarca, al amparo de una coyuntura económica favorable, hoy veríamos nuestro campo invadido de falsos castillos góticos de pastiche, y a las antiguas casas señoriales, bajo pretexto de aumentar su comodidad, se les hubiesen añadido miradores o tribunas con vidrios de colores, terrazas con balustradas pseudo-góticas, etc., con lo cual hubiesen perdido su carácter, hoy afortunadamente conservado, y se hubiese destruido la armonía de nuestro campo y de nuestra ciudad, cosa que, gracias a Dios, no ha sucedido.

JOSÉ M.^a BASSOLS.